

LXXXV

Amamos y atendemos á lo futuro, porque es lo único real que nos queda y el único lugar donde esperamos hallar algo de lo que hemos perdido.

LXXXVI.

Cuando veais que todo está quieto y sereno en el Universo, decid: todo está quieto y sereno, menos el corazon del hombre.

LXXXVII.

El que sube por los grados de la fortuna, ve que todas las cosas son iguales; el que baja ve que hay co-

sas peores: en ninguna parte halla el hombre el optimismo soñado.

LXXXVIII.

El amor en este mundo es como una intensa sed en un desierto.

LXXXIX.

Piensen más los hombres en lo que les falta, que en lo que poseén.

XC.

La vanidad se despierta, cuando vemos lo que tenemos, la envidia nace, cuando vemos lo que no tenemos.

XCI.

Amamos la vida con dolor, pero no nos pesa este amor.

XCII.

A ninguno de los seres rigen tantas leyes como al hombre.

XCIII.

El primer bien que conoce el hombre es él mismo y este es el objeto de su primer amor. (1)

XCIV.

El hombre busca en el ruido, el silencio de su espíritu, en el tumulto de las pasiones el sosiego y en el número de los entretenimientos y placeres la más bella unidad: la felicidad.

¹ Este pensamiento está tomado de mis "Estudios sobre el Amor."—Doctrina de Platón.

XCV.

Dura cosa es para el hombre conocer una vez su flaqueza.

XCVI.

El esclavo tiene un tirano: el amo: el libre otro: el yo.

XCVII.

Entre nuestro interior y lo que nos rodea hay una infinita distancia; por esto el hombre, en cualquiera parte en que esté, está solo.

XCVIII.

Cuando muere el hombre, contempla por primera vez todo el ho-

rror de su soledad. Cuán infeliz es el que no cita á Dios para esa hora!

XCIX.

Vemos con cierto dolor las ruinas, porque presentimos que hemos de serlo.

C.

Apenas habrá cosa en la naturaleza que no pueda causar algún daño al hombre, es decir, á su rey.

CI.

Todo lo que hay en la naturaleza tiene poder para darnos la muerte.

CII.

El hombre es el animal más hermoso cuando está vivo y el más deforme cuando está muerto.

CIII.

La frente del hombre es muy pequeña, pero hay en ella más actividad que en el seno de un volcán.

CIV.

Cuando no aman los hombres están locos por amar, pero cuando ya han amado, se arrepienten de haber dado fuerza y crecimiento al amor.

CV.

El amor es enemigo del número é idólatra de la unidad.

CVI.

El hombre vive de los muertos, por esto el árbol de su vida da semillas de muerte.

CVII.

El yo es en sí muy poca cosa: un hombre quedaría aturdido, si el Universo se destruyera y el Universo no siente la destrucción de un hombre.

CVIII.

Jesús ha sido crucificado de nuevo por Renán.

CIX.

El corazón del hombre es tan pequeño como una manzana, pero no se harta con la posesión de un mundo infinitamente más grande que él.

CX.

El alivio tiene que venir al hombre de afuera, porque su corazón no produce, sino dolores y enfermedades.

CXI.

Las riquezas son un accidente que los hombres han convertido en substancia, y así el rico es el sujeto y el hombre es el accidente.

CXII.

Nuestra alma es un yermo solitario, triste y tenebroso.

CXIII.

El sueño, si exceptuamos á la muerte, es el mayor ladrón de la vida.

CXIV.

Así como el rico que ha perdido sus tesoros anhela por recobrarlos, así suspira el hombre por una felicidad de que no ha sido dueño todavía.

CXV.

Ni hacemos todo lo que quere-

mos, ni queremos todo lo que hacemos.

CXVI.

El hombre no es el rey, sino el tirano del mundo, por esto tiene á sus súbditos en plena rebelión.

CXVII.

Si el hombre no sufriera, cuando en sí mismo piensa, lejos de buscar á sus semejantes, huiría de ellos.

CXVIII.

Una buena parte de los hombres busca á sus semejantes, no tanto por amor, sino para calmar la inquietud y fastidio del yo.

CXIX.

Nada nos parece tan real, ni nada es tan caro á nuestro corazón, como el yo.

CXX.

Lo más hermoso que hay en el hombre exterior es el mirar y el hablar.

CXXI.

Es muy pequeño el momento presente, es decir, el momento real, por esta razón son tan mezquinas nuestras dichas.

CXXII.

Es más vencible el miedo que el horror del ridículo.

CXXIII.

El cuerpo de un ciego es una cárcel muy obscura.

CXXIV.

El desengaño, en vez de consolarnos, nos affige.

CXXV.

El alma es una substancia bellísima, pero sólo visible por sus miserias.

CXXVI.

Ninguna cosa nos causa más asco que los hombres.

CXXVII.

Ni la razón confunde á los dogmáticos, como dijo Pascal, ni la naturaleza á los pirrónicos: hoy los escépticos confunden á la razón y los dogmáticos á la naturaleza.

CXXVIII.

La mayor parte de las conversaciones de los hombres tiene al yo por objeto.

CXXIX.

No ignoraba Aquiles que el lauro que había de ganar matando á Héctor en las orillas de Ilión, había de ser el prenunciador de su

muerte. ¡Tan grande es el amor de la gloria!

CXXX.

El hombre nace libre y siempre está encadenado, dice Rousseau: efectos del *pacto social*.

CXXXI.

La duda cree vivir hoy segura, sin temor de ser debelada, en los castillos de la materia.

CXXXII.

Descartes dijo en su *Método* que el hombre entregado á la lectura era extranjero en su propio país. ¡Qué desprecio de los hombres y qué amor del yo!

CXXXIII.

A los que como Renán y Vacherot, defienden la identidad de las contrarias, falta una dote preciosísima y harto rara en nuestros tiempos: el discernimiento, es decir, la facultad de *distinguir*.

CXXXIV.

La fe salvó á Pascal, le apartó de las sendas del error, le inspiró sus últimos pensamientos sobre la Religión y sobre la divinidad de Jesucristo, y restituyó á su espíritu esa alteza de pensamiento y esa nativa suavidad que perdió en sus destempladas "Provinciales."

CXXXV.

Lucrecio dijo:

Primos in orbe deos fecit timor.

Lo cual pudo haberse entendido en su tiempo así:

Primos in orbe deos fecit cognoscere timor.

CXXXVI.

Pascal cantó á la duda con el alma, Núñez de Arce con el corazón.

CXXXVII.

Pascal entendió mejor el humano corazón que la Geometría.

CXXXVIII.

Panteistas, sedlo al menos por amor.

CXXXIX.

Malebranche, cuya alma era tan limpia, tan serena y tan bella, cuanto deforme era su cuerpo, no tropezó en los difíciles caminos de su audaz filosofía, porque la fe enfrenó su espíritu, ávido de grandeza y de luz.

CXL.

No existe más seguro refugio para un sér tan lleno de incertidumbres como el hombre, que la fe: por qué la desprecia?

CXLI.

Sufre menos en esta vida el que

no goza de nada, que el que goza de todo.

CXLII.

Este mundo se parece al infierno, en que muchos hombres no aman á Dios.

CXLIII.

El yo engaña al hombre, pero el hombre no sabe engañar al yo.

CXLIV.

El hombre es el animal que produce más ruido en la naturaleza.

CXLV.

Nada nos aflige tanto como el

pensar que no podemos ser aquí felices.

CXLVI.

Es tal la miseria del hombre, que muchas veces el apetito del bien lo hace más malo.

CXVII.

Para calmar un poco nuestra ansiedad, vestimos con formas imaginarias lo que se ofrece á nuestros sentidos; sólo así no palpamos la realidad que tanto aborrecemos: de aquí que nos sean tan gratas las ilusiones.

CXLVIII.

Ni las riquezas, ni los honores,

ni las ciencias hacen al que los posee, menos infeliz que al que no los posee.

CXLIX

La vida es un bien que recibimos en cambio de innumerables dolores.

CL.

A pesar de ser tan infelices, no deseamos la *no-infelicidad* de las piedras, ni la quietud inalterable de la nada.

CLI.

Todos los hombres buscan el reposo para su espíritu y el movimiento para el cuerpo, porque la

agitación del alma y el reposo del cuerpo nos causan amarga ansiedad y tedio mortal.

CLII.

El alma y el cuerpo unidos han formado al monstruo más espantoso; al más audaz trastornador de todo orden y ley.

CLIII.

Me pasma el pensar que sea tan miserable el único sér que es capaz de medir el número de sus miserias y que sea tan infeliz, el único sér que en la tierra conoce lo que es felicidad.

CLIV.

El trabajo es una maldición que

muchos han por un presente del cielo.

CLV.

Sólo en el hombre se ve esta espantosa antítesis: miseria y orgullo.

CLVI.

La existencia del hombre depende (al parecer) del capricho de otro hombre, su vida, su conservación, su educación está á merced de otro hombre; no halla en sí mismo, por mucho que se contemple, ni el cómo, ni el cuando de su nacimiento, ni nada sabe por sí mismo de sus primeros días; viene al mundo como si fuera efecto de una casuali-

dad (¡cuántas veces parece que así sucede!); parécele, desde sus primeros años, un misterio su nacimiento, de aquí es que continuamente indaga, siendo niño, su origen; siente que vive sin saber cómo; conoce de súbito que es algo en el Universo y siente un no sé qué al pensar que poco antes nada era; contempla con sus propios sentidos su cuerpo, la cosa que más le pertenece de cuantas existen á su alrededor, el verdugo que tanto lo ha de atormentar; por breves momentos admira el espectáculo de la naturaleza, recibe luz, oye su voz y pronto la llama de su vida se extingue. ¿Será posible, oh incrédulos, que el sujeto nobilísimo de estas mise-

rias, la substancia dotada de mente que tan bien las conoce, haya nacido solamente, para vivir esta vida infeliz?

CLVII.

El hombre pertenece más á sí mismo que al Universo, es más interior, que exterior, pero á pesar de esto, es más de los seres que suyo y vive más bien con la vida exterior que con la vida interior. De aquí es que:

Nemo in sese tentat descendere.

CLVIII.

Mientras más huye el hombre del espectáculo de sus miserias, más negro se muestra el cuadro.

CLIX.

La esperanza (no hablo de la virtud) es la hija menos fea de la ignorancia y la única miseria apetecible.

CLX.

La felicidad es una quimera por que no existe y es una falsedad, porque, para que el hombre pueda llamarse feliz en este mundo, es necesario que vea las cosas, no como son, sino como no son. Por esta razón los niños y los ignorantes son los menos infelices.

CLXI.

El hombre lleva dentro de sí un

mundo ideal, tan vasto que es insuficiente toda la materia del Universo, para representarlo.

CLXII.

El tiempo pasado desaparece para siempre; el porvenir no es nuestro y sólo nos pertenece un momento que pasa sin que la mayor parte de los hombres se dé cuenta de él.

CLXIII.

El pensamiento del porvenir atormenta al dichoso y mitiga los dolores del que sufre: todo está compensado y siempre es igual nuestra suerte, porque, el que sufre en el presente goza con el pensa-

miento del porvenir, donde espera hallar el término de sus males y el que goza en el presente sufre con el pensamiento del porvenir porque teme que sus dichas cesen.

CLXIV

En el pasado se confunden dichas y dolores.

CLXV

Todos los apetitos del hombre prevaricador tienden á realizarse por medio de contrapoducientes causas: quiere saciar el apetito innato del bien en los sensuales goces; el amor legítimo del yo en el orgullo y en la vanidad, la asecuración de la verdad en la duda, el so-

siego y silencio de los afectos en los ruidos y agitaciones de la vida exterior.

CLXVI.

Nada hay en mí que no sea para mi tormento; mi cuerpo, mis pensamientos, mis sentidos, mis deseos me alejan del verdadero bien y me arrojan en un abismo de miseria y desolación. Fecisti nos Domine, ad te et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in Te.

CLXVII

El hombre es muy miserable, por que es capaz de cometer todas las maldades y es muy desgraciado

porque lo es de sufrir todos los dolores.

CLXVIII.

En la más monstruosa de las miserias del hombre, en el orgullo, vemos la sombra gigantesca de su primitiva grandeza, así como en la privación vemos la forma. Y como tiene alguna idea de su dignidad nativa, quiere ser grande por el orgullo, por eso oye esa voz maldita que le dice que es superior á sí mismo, á pesar del número de sus miserias.

CLXIX.

El hombre nada busca en sí mismo, pero casi todo lo que busca es para sí mismo.

CLXX.

El yo es un mundo solitario donde nadie vive, ni el yo mismo.

CLXXI.

El que conoce que el hombre es un monstruo, llega á verlo con cierto horror.

CLXXII.

Es cosa más noble hacer beneficios que agradecerlos, y á pesar de que los hombres practican ordinariamente lo menos noble, son más los benefactores que los agradecidos: sabéis por qué: porque el hombre es enemigo de la obligación y el beneficio obliga.

CLXXIII.

La vida del hombre es una noche continua, desde que nace hasta que muere, todos son temores en esta noche, deseos, dolores, esperanzas vanas, ansiedades, decepciones, dudas, luchas, apetitos irrealizables, peligros, incertidumbre; curiosidad, tedio, ignorancia, vano amor, impotencia, odio etc., etc. Si ama, odia al mismo tiempo, como dice Plutarco, y no se contenta con el objeto amado; si desea padece fiebre, si no desea padece tedio y violencia; si teme, llora; si confía desconfía; si espera desespera; si indaga la verdad duda; si se conoce á sí mismo, sufre

con el pensamiento de su flaqueza, si no se conoce, conviértese en un sér más miserable; la curiosidad de lo verdadero y de lo bueno, como es continua, lo atormenta, la incertidumbre lo abate, la duda lo entibia, la lucha lo cansa. Sit nox illa solitaria, nec laude digna!

CLXXIV.

Diderot decía que es criminal el que tiempla el calor de las pasiones, porque mata las emociones estéticas. Esto quiere decir, diremos con Cleantes, que la templanza y la prudencia, virtudes nobilísimas, nos fueron dadas, como males.